

LETRAS

letrillas

LETRONES

CARTA DE BARCELONA

Extrañas notas de laboratorio

Me resultaría ahora muy fácil reírme del material no literario del que me nutrí para poder escribir mi primer libro, allá por 1975. Desde luego, un narrador que ha accedido a la experiencia de escribir después de haberse adentrado en la biblioteca familiar parece más serio y respetable que uno que —como yo— comenzó a construir su edificio literario tras una experiencia de LSD. Y sin embargo no acabo de ver por qué debería avergonzarme de esto, pues si bien es cierto que más adelante leí mucho y mi cultura literaria se fortaleció y eso tal vez esté incidiendo positivamente en mi obra, también lo es que el LSD, que representó la violenta apertura de mi campo visual, no fue en su momento ni mucho menos una despreciable fuente de inspiración. Es más, algunas de

aquellas percepciones de una realidad distinta perduran con firmeza y, cargadas todavía hoy de una energía muy notable, son la causa de que me hagan reír, por ejemplo, los escritores realistas que duplican la realidad empobreciéndola.

Me ha interesado siempre más la literatura vista como un acto de revelación. Un espacio inquietante de musas fue para mí en su momento el LSD y ahora, enlazando con aquella creativa incursión en el mundo del ácido, me llaman la atención las enigmáticas cualidades de la DMT.

Hay una sustancia en el cerebro llamada N,N-dimetiltriptamina (DMT) cuya función se desconoce. Albert Hoffmann, padre del LSD, la sintetizó y luego estudió en los años treinta. Se sabía que la DMT era uno de los ingredientes de los rapés psicoactivos y de la mezcla llamada *ayahuasca*, empleada por los chamanes del Amazonas. Sin embargo, en la era psicodélica, por culpa del inefable William Burroughs, se co-

menzó a decir —él mismo se lo dijo a mi amigo Raúl Escari en lo alto de Notre Dame, yo tomé una foto mientras se lo decía— que era la droga más aterradora de la farmacopea. Y pocos se atrevían a probarla. Como informa Eliot Weinberger en *Rastros Kármikos* —un libro, por cierto, excepcional, de una elegante y serena belleza—, la DMT ha sido redescubierta recientemente y sus investigadores clandestinos han estado redactando extrañas notas de laboratorio.

Dice Weinberger que casi todos ellos describen experiencias semejantes. Fumada o inyectada, la droga tiene efectos casi inmediatos y todo *el viaje* dura sólo quince minutos. Lo primero que se escucha es un intenso sonido de desgarramiento, como si la propia cabeza se partiera. Luego se es testigo de una serie de patrones geométricos muy vívidos, seguidos de la sensación de ser lanzado a través de un túnel, un muro o una membrana. Finalmente se llega a un sitio concreto en el que nada es reconocible pero que parece estar bajo tierra y posiblemente sea abovedado. En este lugar hay seres que no son antropomórficos ni zoomórficos, y sin embargo están evidentemente vivos. Ejecutan actos incomprensibles y hablan o cantan en una lengua que se percibe pero no se comprende.

¿Son nuestros propios átomos? ¿De algún modo hemos viajado a las células o las partículas subatómicas? Hay quien piensa que esos seres bajo la bóveda constituyen en realidad un *programa* y sólo serán accesibles para nosotros cuando alcancemos el grado de *progreso* necesario para comprenderlos. De entre el torbellino de especulaciones insólitas que todo esto ha generado, elijo la de que el DMT se encuentra en el cerebro como un enlace de comunicación con una realidad paralela. Y es que a veces yo he conocido la experiencia de sentir que estaba fluyendo entre los cauces de dos ríos, y tal vez esta sensación proceda de la encrucijada de cuatro caminos, con fondo de montañas africanas, que entreví sentado en la puerta de la cantina del campamento militar de Viator en Almería el día en

que probé por vez primera el LSD y una voz me dictaba algo desde una playa de Etiopía.

Enlace de comunicación con una realidad paralela, he dicho. Y es que tal vez el famoso “yo es otro” de Rimbaud debería ser sustituido por un “yo somos nosotros”. Weinberger nos recuerda que Octavio Paz, en uno de sus poemas, mira a un anciano en un banco hablando consigo mismo y se pregunta incidentalmente: “¿Con quién hablamos al hablar a solas?”

Recordemos que entre los poetas es casi una creencia generalizada que otro escribe lo que ellos escriben. Es famoso el caso de Coleridge, que soñó íntegro un extenso poema sobre Kublai Kahn, que en cuanto despertó pasó al papel. Recordemos que los poetas griegos atribuían sus poemas a las musas. Antonio Machado decía “converso con el hombre que siempre va conmigo”. Muchos poetas dicen que es una voz *otra* frente a la suya la que escribe o articula el poema. Pero, ¿quién entonces está hablando? “Fuera de aquí tal es mi meta”, escribió el extraño Kafka, autor de unas extrañas –todas las de sus *Diarios*– notas de su laboratorio literario.

Kafka, a diferencia por ejemplo del nebuloso Machado, parecía comunicado tan directamente con una realidad paralela que no podía reconocerse única y plenamente como hijo de sus padres, los de Praga. Tengo un amigo que sospecha que Kafka alcanzó en 1912 el grado de *progreso* necesario para conectar con ese enigmático lugar bajo tierra y presuntamente abovedado, con ese lugar de los actos y las palabras incomprendibles. Tal como puede perfectamente apreciarse, dice mi amigo, si uno se molesta en leer en sus *Diarios* la entrada del 11 de septiembre de 1912. –

– ENRIQUE VILA-MATAS

PENSAMIENTO

Iván Illich (1926-2002)

Conocer y tratar a Iván Illich fue una de las experiencias más honradas que se pueden tener en la vi-

da. Lo conocí en Cuernavaca en los años setenta, cuando estaba estableciendo el centro cultural Cidoc (Centro Intercultural de Documentación). Me referiré a este centro más adelante. Vayan primero algunos datos necesarios acerca de la vida de Illich.

Muy joven conoció el exilio –su familia se vio amenazada por el nazismo. Vivió en Florencia, ciudad que recordaba con amor. En Roma estudió filosofía y teología, sin olvidar las ciencias que le apasionaron siempre. Pronto se convirtió en sacerdote católico. En 1950 estaba en Nueva York, donde vivió diez años como párroco de una comunidad portorriqueña, lo cual sin duda había de influir en el desarrollo futuro de sus ideas. En 1950 fue vicerrector de la Universidad Católica de Puerto Rico. A partir de 1960 inició su vida y obra en Cuernavaca en torno al Cidoc y donde maduraron sus ideas, que frecuentemente fueron grandes críticas.

Se ha escrito que Iván Illich fue un “humanista revolucionario”, aunque en su caso valen poco las definiciones, y es que las definiciones son siempre demasiado vagas y generales cuando se trata del pensamiento vivo, siempre en movimiento, siempre renovándose, de este Iván Illich auténticamente religioso, cristiano en su vida y en su obra: en su obra, por así decirlo, *viviente*. En Cuernavaca podía oírse la misa que Iván oficiaba aparte de las investigaciones del Centro: la misa que oficiaba este hombre alto, enjuto, derecho, con la verticalidad que, con los ojos en alto, era devoción, contemplación, acaso nada alejada de la mística.

Contemplativo y activo, muchas veces sonriente, lleno de afecto, Illich había emprendido una verdadera lucha ante lo que veía, con verdad, como la esclavitud –las esclavitudes– del hombre moderno. Así, cuando criticaba la educación escolar y la “escolaridad”, que él veía justamente como instrumento del dominio ejercido por el mundo industrial. Lo cual no significa que negara la educación. Lo que Iván Illich deseaba, y trató de realizar con niños de Cuernavaca, era una educa-

ción viva o, mejor, una forma de la *convivencia*, palabra ésta, la de convivencia, esencial para entender la vida y la obra de Iván Illich.

En un libro difícil y también crucial *Toward a History of Needs* (1977), resumía Illich sus ideas fundamentales. Pensaba, con radicalismo y con visos de verdad, que la sociedad industrial había promovido una nueva *elite* de profesionales, cuyo trabajo consistía en convencernos a todos de que “necesitamos lo que no necesitamos”. Frente a ella, es importante recordarlo, se podría oponer (¿realmente?, ¿idealmente?) la convivialidad o, por decirlo con sus propias palabras, los “instrumentos para la convivialidad” (*tools for conviviality*).

¿Muchas negaciones en la obra de Iván Illich? ¿Una actitud crítica acaso excesiva? No es de creerlo. Y no es de extrañar que en su curso anual en la Universidad de Yale –curso cuyas ganancias iban al Cidoc– escogiera como tema el pensamiento y la historia del siglo XII. Hay que recordarlo: el siglo XII fue el de Abelardo, el de los grandes místicos, del arte romántico y el de cierto humanismo concreto y viviente que, por decirlo con Étienne Gilson, “se negaba a sacrificar ningún valor universal”.

Mucho nos deja Iván Illich, este hombre observador, entusiasta, agudo y frecuentemente alegre. Tal vez pensaba, como Quevedo, que nada hay peor que la falta de alegría. Su actitud, vigilante frente a las realidades de este mundo, fue una actitud crítica que exigía un verdadero diálogo con los demás hombres. –

– RAMÓN XIRAU

PENSAMIENTO

La subversión de Illich

La obra de Iván Illich es un sismo que ha sacudido una a una las certezas de la cosmovisión de nuestra época, y ha ambicionado despertar a las buenas conciencias del mundo de un prolongado letargo mental. Nadie como él supo dismantelar la colección

entera de fetiches que paralizan la imaginación contemporánea, y cada uno de los axiomas con los que se construyen todos los teoremas sociales de nuestro tiempo. Lo mismo en Florencia que en Cuernavaca o Nueva York, estudiando oscuros manuscritos medievales, disecionando olvidados textos sobre la historicidad del espacio o constatando las posibilidades creadoras de la pobreza en los barrios marginados, Iván Illich llevó a cabo una reflexión itinerante y forjó un pensamiento de una extraña radicalidad. A lo largo de toda su vida edificó laboriosamente una de las críticas más subversivas de nuestra época, esparciendo las semillas de una rebelión mucho más vasta y penetrante que la propuesta por los manifiestos y revoluciones de su siglo.

La originalidad de su obra reside en una desacostumbrada habilidad para descubrir dimensiones inesperadas de las discusiones políticas e intelectuales, lo que le permitió realizar un ejercicio de arqueología de la civilización contemporánea capaz de hacer volar en pedazos cualquiera de nuestras certidumbres. En su pensamiento se encuentra una radical puesta en duda de la mayoría de las instituciones que rigen el mundo moderno, fundadas sobre la inhabilitación absoluta de las facultades más elementales y sobre el extravío que significa transformar a los individuos para insertarlos en un medio enteramente artificial. El proyecto de la escolarización universal y obligatoria, por ejemplo, transmuta el aprendizaje en una mercancía llamada educación, y no sólo inutiliza las capacidades innatas de aprender, sino que, por medio del sometimiento a procesos escalonados de formación certificada, constituye la más perfecta máquina de discriminación jamás creada. La escolarización, como el crecimiento desmedido de la institución médica o los transportes motorizados, es un ritual creador de mitos: al constituirse como el monopolio radical de la satisfacción de una necesidad previamente construida, no produce conocimiento ni igualdad, sino sus inversos: convierte a los individuos

en artefactos y desfavorece a más personas de las que puede beneficiar.

De *Némesis médica* a *El género vernáculo*, Illich muestra la factibilidad de extender su crítica a otros ámbitos del mundo industrial: la salud, los transportes, las comunicaciones y la tentativa prometeica del desarrollo. En todos los casos se trata de una indicación de los límites de la tecnología: más allá de cierto umbral de crecimiento, los utensilios de una sociedad —lo mismo una máquina que un aparato administrativo— generan lo opuesto de sus objetivos y se vuelven fines en sí mismos. La tecnología fuera de control, al crear ambientes donde es imposible vivir sin ciertos artefactos

—ya sea los automóviles, las escuelas o los hospitales—, deteriora la naturaleza, degrada las relaciones sociales, instaura una tiranía de expertos, incapacita a las personas y las vuelve adictas de sus herramientas. De ahí su llamado a favorecer las tecnologías que —como el libro, el teléfono o la bicicleta— no suponen un consumo obligatorio ni imponen sus propios fines, sino que son puras conductoras de intencionalidad.

Además de los efectos del crecimiento ilimitado de las herramientas sobre una sociedad, Illich señaló las consecuencias simbólicas de esta expansión: la técnica modifica el funcionamiento de los sentidos y engendra cierta concepción de las relaciones personales. El hombre recibe de sus artefactos un dictado acerca de la imagen de sí mismo y de la realidad: por eso una imaginación tecnológica de la personalidad ha hecho posible la transición a una imagen cibernética del ego, donde la computadora ha reemplazado al libro como “metáfora primordial” de nuestra época. Para concebirse como un ordenador no es necesario, sin embargo, tener contacto con una pantalla: basta con el uso extendido

de términos como “interacción” o “comunicación” para referirse al encuentro con otra persona.

Mediante la elaboración de la crítica y la historia de algunos fenómenos que han dibujado el rostro de nuestro tiempo,

Illich fue dejando caer, como discretas gemas intelectuales, una serie de indicios para elaborar una interpretación, no sólo del siglo XX, sino del significado de la civilización occidental. Sin deber nada a las vulgatas en boga, Illich encontró en la destrucción de los ámbitos comunitarios, debida al consumo intensivo de mercancías, la manera de desentrañar el sentido de la desincrustación de la esfera de la economía respecto de la trama de las relaciones sociales, y la posterior invasión de todos los ámbitos de la existencia por la lógica económica. En la subversión del mensaje evangélico por las tentativas de traducirlo en un conjunto de instituciones, eclesíásticas o seculares, identificó la fuente histórica de los cuidados médicos, la educación y otras transmutaciones pervertidas del mismo mensaje cristiano. En la primacía de la percepción económica, observó la pérdida del sentido de la proporción y el advenimiento del lenguaje de los valores, una lógica que no otorga ningún lugar a la práctica de aquello que es simplemente apropiado y que aniquila la posibilidad misma del bien.

En sus libros, conferencias y ensayos, Iván Illich mostró que las piedras angulares de la mirada contemporánea —las nociones de educación, economía o velocidad— no constituyen más que una insidiosa colección de lugares comunes, un panteón de ídolos mudos inmunes en apariencia al razonamiento y la evidencia. De sus cuestionamientos no se desprende una apología de la reacción ni una utopía nostálgica, sino



Iván Illich en 1974.

Tomado del libro Gisèle Freund, *Intelectuales*, Alain Michel

la develación del pasado como un espejo en el cual debemos confrontar nuestras certidumbres. Pero más allá de su labor de demolición, su obra es el testimonio de una fe indomable en la Encarnación y un acto de reverencia hacia la naturaleza irreductible del prójimo: una celebración constante de los sentidos y la vivacidad, un llamado al ejercicio de la libertad creadora y una inquietante invitación a pensar. —

— HUBERTO SCHWARZBECK

REFLEXIÓN

Souvenir *del mal*

Hace poco asistí a una exposición sobre la historia de los tatuajes en un pequeño museo de Flims, una aldea en los Alpes Suizos. Los primeros dos pisos albergaban precedibles exhibiciones de fotografías de una variedad de ornamentos corporales —desde tatuajes hasta perforaciones— junto con monitores de video que mostraban a los practicantes de estas artes hablando sobre método, motivaciones y deseo. El tercer piso contenía desplegados semejantes, pero un área estaba separada, apenas iluminada y con una entrada aparte. En este cuarto había una lámpara cubierta por una pantalla hecha de piel humana. La piel, antes de haber sido arrancada, supongo, había sido tatuada con las palabras “Santa María” y una ilustración de la cara de una niña. Una tarjeta explicaba que este tipo de pieza fue creada durante la década de los treinta o los cuarenta en Alemania. Estaba ahí como préstamo de una colección privada de Estados Unidos.

Por supuesto que yo había oído que los nazis hacían lámparas de la piel de los judíos y otras personas a las que habían asesinado en sus campos de concentración, pero nunca antes había visto la prueba de ello, ni me habría esperado verla. Iba acompañado de dos amigos, el director de cine y ópera suizo Daniel Schmid y su asistente, Christophe. Los tres éramos los únicos presentes en esta sección del museo, y cada uno de nosotros estaba conmocionado y horroriza-

do de maneras que difícilmente podíamos describir. Daniel, que se había enterado de la exhibición en un periódico local, dijo que el artículo no hacía mención alguna de ese objeto en particular. Christophe, que tiene apenas veintitantos años, me preguntó si consideraba apropiado que tal horror se exhibiera al público. No pude responderle. Comentó que si esto se hubiera llevado a cabo en Estados Unidos, habría habido personas manifestándose en contra frente al edificio. Se me ocurrió que quizá debía haber un letrero de precaución fuera de la pequeña estancia, en que se previniera a la gente de lo que verían dentro: un *souvenir* del mal.

Antes de abandonar el edificio, le dije a la suiza de mediana edad sentada en el escritorio de recepción que pensaba que algunos asistentes al museo podrían encontrar ofensiva la exhibición de una lámpara hecha de piel humana, ya no se diga de piel tomada de víctimas judías de los campos de concentración. Ella expresó sorpresa ante mi comentario. “¿Por qué se sentiría alguien ofendido?”, contestó. “Es parte de la historia de este tema.”

Cuando volví a California, donde vivo, le conté a mi amigo Ira —un ex comando israelí— lo que había visto. Me dijo que creía que era positivo que hubiera una cosa como ésa disponible para el consumo público; así la gente tendría presente el Holocausto, especialmente a la luz de un conflicto constante en el Medio Oriente. Después Ira me contó el siguiente chiste.

Bush, Sharon y Putin se reúnen para discutir el conflicto entre los judíos y los árabes, en un esfuerzo por resolver el problema, pero no encuentran manera alguna de aliviar la crisis. Dios se les aparece y les dice que le repugna todo el asunto y que ha decidido destruir a la humanidad y darse un descanso. Quizá en el futuro, dice, hará otro intento y empezará de nuevo. Enseguida Dios desaparece. Bush regresa a Estados Unidos y se dirige a la gente; les dice que les tiene una noticia buena y una mala: la buena es que Dios existe; la mala, que va a destruir a la humanidad.

Putin regresa a Rusia y le dice a su gente que les trae una noticia mala y una terrible: la mala es que Dios existe, y la terrible, que va a destruir a la humanidad. Sharon regresa a Israel y les dice a los israelitas que les tiene una buena noticia y una maravillosa: la buena es que Dios existe, y la maravillosa, que nunca jamás habrá un Estado palestino.

“Ese chiste también se podría contar desde una perspectiva palestina”, le dije. “Seguro —replicó Ira—, pero surgió de la mente de un israelí.”

Pensé en la piel tatuada de la lámpara y recordé que, en la tradición judía, los tatuajes se consideran un tabú. Quizá la piel no había sido tomada de un judío (sino más probablemente de un gitano), pero, por supuesto, esto no tiene importancia. Cuando era un niño que crecía en Chicago, las únicas personas que conocía que tenían tatuajes eran o marineros o judíos sobrevivientes de los campos de concentración, a quienes los nazis les habían grabado números en los brazos. Mi padre, que era judío y contrabandista, me dijo que nunca me hiciera un tatuaje. Si tenía uno, decía, siempre podía ser identificado, y quizá llegaría el día en el que prefiriera que esto no pasara. Esto tenía sentido, así que nunca me hice tatuar.

Entre más pienso en el chiste que me contó Ira, más me gusta. Si Dios destruyera a la humanidad, ¿esto importaría? No más que si la piel de la lámpara fue tomada de un judío, porque nadie estaría ahí para siquiera darle vueltas al asunto. —

— BARRY GIFFORD

Traducción de Fernanda Solórzano

MUNDO EDITORIAL

El premio mayor a Poetry

¿Qué hacer con cien millones de dólares regalados? Es una pregunta ociosa casi para cualquiera; sin embargo para Joseph Parisi y Steven Young, editores de la revista *Poetry*, que se publica mensualmente en Chicago, es casi un asunto existencial desde que,

a mediados de noviembre pasado, una millonaria excéntrica decidió desprenderse de ese monto para donarlo a su revista favorita como quien se sacude una pelusa del hombro. Justo en la fiesta de celebración por los noventa años de *Poetry*, Parisi anunció a los invitados el regalo insólito de la señora Ruth Lilly, una lectora de 87 años a quien no le importó que hace algún tiempo sus sentidos poemas fueran rechazados por los editores, aunque los maliciosos podrían sospechar que fue precisamente el despecho lo que motivó su donativo, para tenderle una trampa mortal a esta modesta publicación que en el futuro ya no será la misma, para bien o para mal...

Poetry es quizá la revista de poesía más veterana del mundo y la más prestigiada en su tipo de las letras inglesas. Hoy sus editores consideran incluso que el devenir de la poesía del siglo XX en Estados Unidos no puede entenderse sin considerar la historia de esta publicación, y la verdad es que no exageran. Entre los grandes éxitos de *Poetry* están haber publicado “Love Song of J. Alfred Prufrock”, de T.S. Eliot; “Chicago Poems”, de Carl Sandburg; “Sunday Morning”, de Wallace Stevens; los primeros poemas importantes de Ezra Pound, Marianne Moore, William Carlos Williams, Robert Frost, Frank O’Hara y Robert Lowell, entre muchos otros, y la lista de colaboradores notables podría ampliarse hasta el cansancio. T.S. Eliot la definió en su justa dimensión: *Poetry* es una institución americana.

A su vez la revista no puede desligarse de la biografía de la escritora Harriet Monroe, quien la fundó en 1912, en parte para abrir un foro donde publicar sus textos, y también para poner en práctica un plan lunático: hacer negocio con un mensuario de poesía siguiendo el ejemplo del éxito de ventas que entonces tenía el *Saturday Evening Post* al publicar cuentos. Para su proyecto, Monroe comprometió a cien personajes de la elite económica de Chicago a financiar durante cinco años la empresa, enroló al respetado Ezra Pound, invitándolo a ser editor asociado desde Londres, y logró que *Poetry* se convirtiera en trinchera de

las batallas del incipiente movimiento imaginista. Además, Monroe fue perfeccionando una especie de filosofía editorial basada en una frase de Walt Whitman que tomó como lema: “Para tener grandes poetas debe haber también grandes públicos.” En el libro *El comercio con las palabras* (recién publicado en México por Editorial Verdehalago), puede consultarse la investigación que la estadounidense Claire Hoertz Badaracco hizo sobre la efectiva mercadotecnia y las técnicas publicitarias que utilizó la escritora para sacar adelante *Poetry*, un esfuerzo en el que se comportaba casi como reformadora social para hacer que las masas se interesaran en la poesía a través de conferencias, recitales, autopublicitando sus logros o promoviendo la polémica. Y si bien la idealista Harriet Monroe jamás consiguió por supuesto que el pueblo norteamericano se interesara en la poesía tanto como en el beisbol, al menos logró que su revista fuera un negocio autofinanciable y resistente a crisis, como el rompimiento de Pound con el proyecto, y a otras más graves, como en los años aciagos de la Depresión, cuando *Poetry* se sostenía con las uñas para no extinguirse al igual que decenas de publicaciones en todo Estados Unidos, mientras Monroe hacía autopropaganda de altos vuelos al afirmar pretenciosamente que la revista levantaba el ánimo de Chicago.

Qué gusto le habría dado a la infatigable Harriet atestiguar el gran golpe publicitario de *Poetry* al conocerse el espectacular donativo recibido. Porque, si bien es cierto que su prestigio es indiscutible, sin los millones de por medio la revista difícilmente habría llamado la atención de *The New York Times*, que publicó no sólo varias notas sobre el regalo de Ruth Lilly, sino también un editorial para aconsejar a los editores hacer buen uso del dinero. Y ellos ya se deshacen en planes: desde mudarse de su modesta oficina en el segundo piso de una biblioteca privada y por fin pagar más a los colaboradores, hasta crear una sólida fundación para promover y difundir la poesía en Estados Unidos. De hecho todo lo pueden llevar a cabo porque, de ser una publicación discreta, hoy *Poetry* es

una de las revistas más ricas del planeta.

Y apoyándose en ese cuantioso patrimonio, ¿la fantasía de Monroe de crear un gran público para la poesía podrá hacerse realidad? Mientras los editores Parisi y Young parecen dispuestos a enfrentar el reto de echar por tierra que la poesía es un género para minorías, ya hay otras sugerencias más modestas, como la del poeta Billy Collins, que medio en serio y medio en broma propuso: “Que el pago por colaboración se suba de dos a dos mil dólares la línea.” Ésa es la justicia poética. —

— JULIO AGUILAR

BEST SELLER

¡Qué Eggers!

Se necesita tener pantalones para ponerle, al primer libro que uno escribe, un título como *A heart-breaking work of staggering genius*. Esos adjetivos agreden, retan, saltan a la vista. Para el autor, una novela con semejante título implica un auténtico reto: estar a la altura de su propia pedantería. Lo curioso es que Dave Eggers, un californiano greñudo perdido en Brooklyn, realmente logró escribir un libro conmovedor y fulminante. *AHWOSG*, como se le conoce, cuenta cómo Eggers aguantó el embate de dos golpes consecutivos e inesperados: la muerte de sus padres. En menos de cinco meses, el joven Eggers enfrentó una responsabilidad que no había previsto: ser padre de sí mismo y de su hermano pequeño, Toph. El libro está lleno de retozos literarios, advertencias al lector, reglas y recomendaciones para la correcta lectura del texto, evocaciones varias y juguetes estructurales. Pero lo que hace al libro digno de su nombre es que, de entre la furia literaria de Eggers, surge una historia que enternece. La soledad de los hermanos termina por convertirse, entre cajas de pizza en pleno añejamiento, viajes y conversaciones en carro y reglas impuestas con torpeza, en una verdadera aventura: un *growing up tale* que no tiene nada que pedirle a Salinger.

La historia de los hermanos Eggers

se convirtió en uno de los libros más vendidos y aclamados del 2000. Su autor, con todo y su sonrisa renuente, se volvió una celebridad literaria. Toph, el pequeño protagonista de la historia, adquirió tintes de culto. Eggers le prometió que no tendría que aparecer en ninguna revista, en ningún programa de televisión. Pero el pequeño se lo tomó demasiado en serio y simplemente jamás dio la cara. Algunos incluso llegaron a sospechar, porque así convenía al creciente culto eggersiano, que Toph en realidad no existía. Mientras tanto, Eggers le dio la bienvenida a su nueva persona: el niño de oro de las letras estadounidenses, el nuevo Pynchon, el justo heredero de De Lillo.

Todo lo Eggers empezó a ser popular. La pequeña revista *McSweeney's*, editada por el excéntrico autor, se agotó en todos lados. Y es que no podía ser de otra manera. *McSweeney's* tiene ese mismo frenesí verborreico que salpica la obra de su creador. Pero no sólo eso. Eggers no está contento con jugar a solas con las palabras, también le gusta confundir al lector con el formato de su publicación. *McSweeney's* a veces es una revista tamaño *Granta*, otras viene en una caja que parece un relicario. Uno nunca sabe qué esperar cuando se trata de Eggers. En un par de meses, *McSweeney's* llegará, quizá, en presentación de papel higiénico. Y se escucharán aplausos.

Dos años después de *AHWOSG*, Eggers ha publicado *You Shall Know Our Velocity* (o *YSKOV*, para facilitarnos las cosas). Pero eso de *publicado* puede resultar un eufemismo. A pesar de los contratos multimillonarios que llegaron a su puerta después del éxito de *AHWOSG*, Eggers se mantuvo firme: no aceptó un centavo de las grandes casas editoriales y decidió editar su libro con sus propios medios. Lo que podría haber sido un inmediato *best seller* se convirtió en el libro más difícil de encontrar en las librerías de Estados Unidos. Ni en Barnes & Noble. Ni en Borders o Brentanos. Ni siquiera los estantes virtuales de Amazon.com pueden presumir de contar con el nuevo libro de Eggers. Nada. *Out of stock*. La única manera de

conseguir un ejemplar es visitando la página de *McSweeney's* y pedir el libro, que está, por supuesto, diseñado con inmensa sobriedad, como queriendo no existir.



Eggers, ¿globalifóbico?

Para colmo de males (para los lectores hambrientos): el nuevo trabajo de Eggers parece ser realmente bueno. A juzgar por las reseñas que se le han hecho (supongo que el *New Yorker* sí recibió un ejemplar), *YSKOV* no desmerece frente a *AHWOSG*. Pero, entonces, ¿qué pretende Eggers? Por lo pronto, el tipo ha cumplido su cometido: revolucionar las letras de su país e invertir en el futuro de posibles autores. Desde su éxito, el autor se ha dedicado a promover una escuela para escritores en Valencia, California. Pero no cualquiera puede aspirar a enrolarse en “Valencia 826”. Eggers ha puesto un solo requisito: los alumnos deben tener entre ocho y dieciocho años de edad. Los demás no interesan.

Todo lo que Eggers ha ganado con *AHWOSG* ha ido directamente a la escuela para niños y a hacer de *McSweeney's* una verdadera editorial independiente. Aun así, queda la duda: ¿La excentricidad de Eggers es genuina? ¿De verdad quiere escapar de los reflectores? ¿El dinero de la maquinaria editorial le saca ronchas genuinas? ¿O será que sabe que no hay mejor manera de alcanzar la fama que pretender despreciarla? El tiempo dirá. ¿Cuál será el futuro de Dave Eggers? No tengo ni idea. O, mejor dicho: NTNI. —

— LEÓN KRAUZE

POLÍTICA

La inmoralidad de la guerra preventiva

Uno de los eventos más sorprendentes de estos últimos meses es la presentación de la guerra preventiva como un instrumento legítimo y moral de la política exterior estadounidense.

Éste no siempre ha sido el caso. El 7 de diciembre de 1941, día en que los japoneses llevaron a cabo un ataque preventivo contra la marina de Estados Unidos, ha pasado a la historia como la fecha que vivirá en la infamia. Durante la Guerra Fría, los defensores de la guerra preventiva eran considerados una sarta de locos. Cuando Robert Kennedy calificó la noción de un secuestro preventivo a las bases cubanas de misiles como “Pearl Harbor a la inversa”, y agregó que “En 175 años no hemos sido ese tipo de país”, logró que el ExCom —el grupo especial de consejeros del presidente Kennedy— prefiriera un ataque aéreo a un bloqueo.

La política de contención y disuasión hizo que se ganara la Guerra Fría. Después del colapso de la Unión Soviética, todo el mundo daba gracias al cielo de que los locos de la guerra preventiva nunca hubieran llegado al poder en ningún país importante.

Hoy —¡qué lástima!— parece que tienen el poder en Estados Unidos. Rebautizar la guerra preventiva como guerra *prioritaria* no cambia su naturaleza. La guerra preventiva está basada en el supuesto de que es posible adivinar con certeza todo lo que habrá de suceder.

Los belicosos de la administración Bush simplemente saben que, si no se actúa hoy, algo horrible sucederá mañana. Es evidente que el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de defensa Donald Rumsfeld se ven a sí mismos como los *precogs* de Steven Spielberg en la película *Minority Report*, quienes están físicamente habilitados para prevenir crímenes que están a punto de cometerse.

La certeza sobre la predicción de hechos es ilusoria. Una de las cosas que la

historia nos sigue enseñando es que el futuro está lleno de sorpresas y que bur-la todas nuestras certidumbres.

Considérese el siguiente caso: Iraq. La política de contención y disuasión ha mantenido a Saddam Hussein dentro de sus propias fronteras durante la última década.

¿Qué es lo que los *precogs* del Pentágono saben que Hussein está planeando? ¿Cuál es el peligro claro e inminente —la amenaza directa e inmediata— que justifica mandar al ejército a Iraq? ¿Prevén los *precogs* del gobierno que usará su arsenal de destrucción masiva en contra de Kuwait? ¿De Israel? ¿De Estados Unidos?

Dado que a Hussein no le interesa el suicidio, es poco probable que haga cualquiera de estas cosas. La agresión obraría en favor de Estados Unidos. De utilizar su armamento, Hussein le daría al presidente de Estados Unidos lo que su corazón ansía: una razón que el mundo tomaría por buena para invadir Iraq y forzar un cambio de régimen. La única cosa que muy probablemente llevaría a Hussein a valerse de sus terribles armas sería, justamente, la invasión de Iraq por parte de Estados Unidos.

Mientras tanto, la política de contención parece estar funcionando. Y si no funciona, la guerra siempre será una opción. Y Hussein, después de todo, es mortal. Es un hecho que uno de estos días va a desaparecer. ¿Por qué es tan vital deshacerse de él la próxima semana o el mes entrante?

Las posibilidades de la historia son mucho más ricas y variadas de lo que la mente humana es capaz de concebir. Y la arrogancia de los líderes que están seguros de que pueden predecir el futuro incita a la reprimenda.

“Los golpes más fuertes del cielo”, escribió el historiador inglés Sir Herbert Butterfield, “pesan en la historia sobre aquellos que imaginan que pueden controlar las cosas con desdén, empleando la providencia no sólo con respecto a ellos mismos, sino al futuro lejano —asomándose al futuro con el tipo equivocado de visión de largo alcance, y poniendo en juego muchos cálcu-

los arriesgados en los que no deberá ocurrir un solo error”.

La guerra preventiva unilateral no es legítima ni moral. Es ilegítima e inmoral. Por más de doscientos años no hemos sido ese tipo de país.

— ARTHUR SCHLESINGER JR.
Traducción de Luciana Tazzer
© *New Perspectives Quarterly*

RECAPITULACIÓN

Letras Libres, *Cuba y la FIL*

Desde que se supo que Cuba sería el país invitado de la Feria Internacional de Libro de Guadalajara en el 2002, se pudo anticipar que cualquier postura crítica al régimen de Fidel Castro, en ese contexto, no sería vista con buenos ojos por la delegación bien llamada oficial. También, era claro que la presencia única de dicha delegación, sin el contrapeso de la diáspora y la crítica, no redundaría en una Feria representativa de la actualidad cubana. Sin embargo, faltó trabajo para equilibrar las voces que se escucharían en una plataforma tan visible como una feria internacional: pesó el oficialismo, y el disenso y el contrapunto fueron reducidos a una mínima expresión que tendría que manifestarse, dado el notable desequilibrio, en un ambiente adverso.

La presentación del número de noviembre de *Letras Libres*, dedicado al análisis razonado y crítico de la dictadura castrista, y a la especulación sobre los futuros de la isla —en tantos sentidos entrañable—, se perfilaba como un suceso polémico que difícilmente pasaría inadvertido. La lógica y la logística (Silvio Rodríguez coincidiría con la mesa de *Letras Libres* a pocos metros de distancia) indicaban que había que tener, a lo menos, cuidado en el mantenimiento del orden en una coyuntura así.

El resto se sabe: Roger Bartra, Christopher Domínguez Michael, José Manuel Prieto y Rafael Rojas, al término de su exposición, soportaron un estridente embate verbal —por parte de funcionarios cubanos y mexicanos y jóvenes

entusiastas del régimen castrista— en donde la injuria, la descalificación, la acusación en falso y la consigna suplieron a las ideas. Se pudo constatar, de manera muy plástica, cómo se articulan las diferentes posturas cuando se trata de hablar de Cuba. Lo que sucedió en ese auditorio fue un interesante reflejo del armado general de la feria: una minoría, que expresaba una opinión, en situación de total desequilibrio frente a una mayoría, que gritaba el nombre de Castro.

No sólo era imperativo denunciar el linchamiento verbal, sino pedir que no sucediera lo mismo en la presentación de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, dirigida por Rafael Rojas y objeto de la acusación histérica de ser financiada por la CIA. Por eso se redactó una carta que firmaron Mario Vargas Llosa, Fernando Savater, Enrique Krauze, Roger Bartra, Carlos Monsiváis, Alejandro Rossi, Juan Villoro, Hermann Tertsch, Teodoro González de León, Julieta Campos, Christopher Domínguez, José de la Colina, Antonio Elorza, Hugo Hiriart, Héctor Manjarrez, Ignacio Martínez de Pisón, Juan Malpartida, Vicente Molina Foix, Mario Muchnik, Carlos Alberto Montaner, Rafael Pérez Gay, Elena Poniatowska, José Manuel Prieto, Rafael Rojas, Federico Reyes Heróles y Félix Romeo. Muchísima gente se adhirió al contenido de la carta, y Enrique Vila-Matas y Jorge Edwards pidieron, después, sumar sus nombres al documento. La presentación del número 25 de *Encuentro*, dedicado a su fallecido fundador, Jesús Díaz, transcurrió en calma.

La presentación de *Letras Libres*, la carta y un breve texto de Enrique Krauze fue la participación de la revista en un asunto de insospechada repercusión mediática, misma que debería tener, por poner un solo ejemplo, un escándalo como el de las muertas de Juárez.

Queremos agradecer las muestras de solidaridad que hemos recibido en estos días por parte de muchísima gente que cree, como nosotros, que el futuro de Cuba es la democracia y su presente la intolerancia. —

— LA REDACCIÓN